

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montella, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Viércoles 16 de Julio.

El Eco de Cartagena

LA HAZAÑA DE LOS CUARENTA.

Hemos tenido el gusto de leer la poesía del ilustre académico D. Lope Gisbert, cuya composición ha sido premiada con la englantina de oro en los juegos florales que se han celebrado en Murcia este año. Aunque este género de composiciones no nos es muy conocido para que podamos formar un criterio digno y razonado sobre esta obra laureada, creemos que nuestros lectores nos dispensarán el que, siquiera por vía de estudio, digamos algo de lo mucho que pudiera decir el que estuviese á la altura en que aparece su autor. La forma es la del romance, y le sirve de argumento, un episodio de la historia de Lorca concebido en estos términos:

El moro, alcalde de Baza aguarda impaciente á su prometida esposa que hacen cautiva con su escolta cuarenta ilustres lorquinos capitaneados por D. Diego de Guevara. Sabedor el novio de tan infausta nueva, va con sus lanzas por su honor y por su amor. Los ilustres mancebos se aprestan para una nueva batalla, y la suerte y su bravura les ofrecen otra victoria. Una tercera ha de poner en prueba sus corazones hidalgos: no es la que se libra con lanzas y espadas; sino mucho más difícil para los que saben afrontar la muerte, porque se lucha contra los impulsos de las pasiones de uno mismo: es la en que el vencido es vencedor, y en presencia de una bella que va á hacer feliz á su enemigo, le concede, respetuoso y sin ofenderle, su libertad en premio de sus méritos y virtudes y de haberle proporcionado aquella hazaña. Aquí tiene lugar una escena algo patética que parece ser el nudo de la acción. La generosidad de una parte y la confusión y agradecimiento de los prisioneros, se ven sorprendidos por las nuevas lanzas de Baza que en

su justa cólera, sin ser sabedor de esa gracia viene á empeñar otra lucha más cruel y decisiva. ¿Faltará valor á los cristianos para aceptarla? ¿Cuál será la suerte de las armas y de los cautivos que en este momento se veían libres? La bella mora interpone sus eficaces lágrimas y piadosas súplicas, y priva á aquellos héroes de una victoria, que ya no podía ser para los cristianos más gloriosa que la de la paz debida á su nobleza y generosidad; y el mismo caudillo entrega al alcaide su bella prometida y les desea un colmo de felicidades.

Visto en conjunto su argumento nos detendremos un poco en analizar algunos detalles.

Aunque los asuntos históricos, y mas si tienen muchos nombres árabes, suelen ser difíciles de vaciar en la forma artística, el que analizamos no puede ser mas á propósito, y está concebido y delineado magistralmente. Es un episodio glorioso de interés local; despierta sentimientos de amor á la patria en los que brilla la luz de la fé religiosa, que ha sido siempre la potente máquina que ha levantado las epopeyas, de cuyo plan y hasta de la forma, en algo participan las leyendas y romances, que suelen llamarse poemas menores ó secundarios. Ese tinte violado y conveniente que llama un poeta «facilidad dificultosa», si no tan brillante como los de aquellos rosicleres de las epopeyas orientales, aparece, tan natural, que nos da una idea de la inteligencia y maestría del que, dominando el géneo, sabe dar á cada figura la entonación que requiere la unidad del asunto.

Los caracteres de los musulmanes, fieles vasallos de su señor y fanáticos adoradores del Corán; celosos con sus mujeres, y rudos en la pelea; refléjanse fielmente en la parte narrativa ó expositiva del episodio. Leamos los siguientes versos:

«Bien sabe el amante moro que en vano tan pronto aguarda;

y la morisca etiqueta cuando un término señala, ni le anticipa un instante

ni un instante le retarda.

Y es forzoso resignarse,
¡Dios lo quiere: el Rey lo manda!»

La novia se ve cautiva; mas no humillada; y es aquel tipo de las mujeres árabes que son modelos de resignación, de rubor y de fidelidad.

«Ella cubierta de un velo en ancho alquicel se emboza y oculta con noble orgullo su temor y su congoja, resuelta á morir, si amaga algún peligro su honra.»

El carácter del caudillo D. Diego Guevara por sí solo bastaría para dar á conocer la patria de los Cides, tan propio y bello es el colorido que le distingue, haciéndolo destacar del fondo del cuadro, como intrépido adalid y como noble caballero. Véase lo que dice el poeta, y el grito que le arranca el saber que es atacado y puesto en peligro por el mayor número.

«Todos de nobles blasonan; y fieros en el combate, benignos en la victoria, admiran á los valientes, respetan á las hermosas.»

Y al oír los de Seron, exclama el noble Guevara:

«Con cualquiera de nosotros para veinte moros sobra.»

A primera vista pudiera parecer una temeridad, que acaso desmereciera el valor heroico de los vencedores, el que estos, con el rico botín y con los cautivos, en los que figura Walala como hermosa joya, creyendo que el alcaide de Baza tendría aviso del suceso, y pudiendo asegurar su presa, volviendo victoriosos á la ciudad, esperasen librar una segunda batalla que pudiera serles funesta.

«Avisado ya á estas horas vendrá sin duda el de Baza á recobrar á su esposa, y á nuestro nombre sera el no esperarle deshonor.»

Pero aquí hay que tener en cuenta que el asunto es histórico; y además se justifica con mas razón, cuando despues que la suerte de las armas

ha vuelto á serles propicia, devuelven con el botín la libertad á todos los cautivos, probando que el móvil que les habia llevado al campo no era el de hacer cautivos, ni el de buscar riquezas, sino la gloria de las armas victoriosas, como dice el mensajero:

«Que nosotros combatimos por gloria y no por botín.»

El nudo de la acción ofrece una escena patética é interesante. Es la pincelada que refleja el más vivo destello de un héroe español. Un héroe á quien el peligro infunde valor, y no le amedrenta la muerte, dobla respetuoso su rodilla ante la bella Walala; y cogiendo la fimbria del velo que la cubre, la besa y le dice:

«Para honrar en forma digna de caballeros cristianos este venturoso día, libre sois y libres todos los vuestros, y vuestra rica dote os volvemos...»

A estas palabras contesta Walala:

«Señor, si admiré tu esfuerzo, admiro mas tu hidalguía; y en vano me dejas libre, si de nuevo me cautivas: pues deudas de gratitud en personas bien nacidas, más que el hierro ata los brazos, alma y corazón obligan.»

El lenguaje es natural; la versificación fluida, y la situación interesante y bella. El cuadro es tan verdadero, que no podrá la historia llamar estéril á su poesía.

El alcaide de Baza, que ignora tan funesta nueva, se presenta para otra batalla. Aquí el géneo ha sabido en tan corto espacio ofrecer al lector la variedad de sensaciones y alternativas del poema épico, con los siguientes versos que nos presentan á Walala cual prudente Abigail que desarma la justa cólera del Profeta Rey. Oye á Guevara que llama á los suyos á las armas, y dice el poeta:

«Al oírle, estremecida por el riesgo de su amante aquella mujer divina, delante del capitán poniéndose de rodillas, clama:—«Por Dios! No más sangre!